

UN ILUSTRE PEREGRINO FRANCÉS EN ALBELDA (LOGROÑO)

(AÑOS 950-951)

POR

JULIAN CANTERA ORIVE

(Continuación)

VI. LA ANTIGUA ANICIUM

Así llamada de Monte *Anicium* (Mont Anis, donde se fundó al principio como plaza fuerte. Al menos desde 1183 se le dio también el nombre de *Podium Vellavorum* (Le Puy-en-Velay) por haber sido edificada sobre el monte (*Podium* para los antiguos franceses significaba *Monte*, Le Puech, Le Pui, Le Puy) y por la región en que se hallaba, llamada por los escritores de la Edad Media, Vallagia, Vallavia (Velay) de donde vino llamarse alguna vez el obispo de *Anicium*, obispo *Vallavense* o de Velay, como se ve en el capítulo X.

Fué levantándose la ciudad en lo alto de la colina y extendiéndose primero en la época galo-romana, y aun en la gala independiente, alrededor del castillo que la servía de defensa. Después se agruparon sus edificios en torno a la catedral, que pasó a ser el centro de su vida en las dos partes de la ciudad, alta y baja, estrechamente unidas y encerradas en un mismo recinto amurallado. El sucesor de San Pauliano, San Evodio (llamado *Vosy* por los franceses) obispo de *Ruessium* o Saint-Paulien, como ahora se llama, por haber perdido esta ciudad su antiguo esplendor levantó, dice Lebauf, a dos leguas de distancia en la montaña de Anis o *Anicium*, la iglesia catedral de Santa María de Le Puy, que se hizo célebre por el concurso de peregrinos y a la cual trasladó el obispado entre los años 560-570, haciendo que desde entonces comenzase a prosperar tanto esta ciudad que en sus buenos tiempos llegó a contar hasta 40.000 habitantes.

En el siglo VIII hubo estrecha relación entre *Anicium* y España, habiéndose escrito (cosa que niega D. Vicente Lafuente) que el emperador Carlomagno envió en 785 para ocupar la silla episcopal de Gerona a un canónigo de la catedral de *Anicium* llamado Pedro. Desde luego, consta que había carta de Hermandad entre ambos Cabildos.

A los dos lados del monte se elevan dos agudos picos de extraordinaria altura. En el que todavía se hallaba fuera de la ciudad se edificó en 962 un santuario a S. Miguel Arcángel y en el contiguo a la fortaleza y después a la catedral, la enorme roca volcánica de Corneille, se puso el año 1860 una colosal estatua de bronce de la Santísima Virgen, obra del escultor Bonassieux, que tiene la imagen 16 metros de altura, y 9 su pedestal. Por una escalera interior puede subirse hasta la misma corona de la Virgen y desde allí se disfruta de una vasta y encantadora visión del terreno. Otras varias iglesias y abadias, además de la catedral, satisfacían las necesidades del culto y de la vida religiosa en *Anicium*. Sobresalen de ellas la de S. Miguel in *Acu* mencionada ya y de la que se hablará en el capítulo IX; S. Pedro (*Saint Pierre le Tour*), abadía secular, y San Lorenzo.

Entre otros derechos y prerrogativas tenía la de S. Pedro acompañar por medio de la Cofradía de talabarteros (*ephippiorum confraternitas*) a la «Virgen Negra», cuando salía procesionalmente de la catedral por la ciudad. Cada uno llevaba el escudo de armas del abad, a quien los devolvían al regreso, como consta de muchos documentos y de dos inscripciones que con algunos escudos se conservan allí.

La de S. Lorenzo con sus edificios anejos, fué primeramente parroquia y hospital hasta que Esteban III, obispo electo y confirmado de *Anicium* se la entregó a los dominicos en octubre del año 1221, no mucho después de fundada la orden en 1216 y el mismo año de la muerte del fundador Santo Domingo de Guzmán, acaecida el 4 de agosto de 1221.

En esta iglesia de S. Lorenzo recibió sepultura el año 1380 aquel jefe militar de tan decisiva influencia en nuestra historia por su actuación de Montiel, el famoso Beltrán Duguesclín, que murió peleando ese año contra los de Castelnau de Randone, ciudad sitiada por él a ruegos de los de Le Puy, molestados continuamente por el señor de Randone. A poco de morir Duguesclín, se rindió Castelnau, y agradeci-

dos los de Le Puy, colocaron las llaves de la plaza vencida sobre el féretro de su libertador, a quien dedicaron un grandioso monumento funerario en la citada iglesia de S. Lorenzo. Los restos de «Claquín» como le llamaban los riojanos cuando pasaba con sus «compañías blancas» por Calahorra, Nájera y Santo Domingo, permanecieron allí hasta que fueron trasladados al Panteón Real de Saint-Denis, cerca de París.

El régimen de la ciudad antigua, que después de Tolosa, era la principal de la región, lo llevaban bajo la soberanía del obispo-príncipe un pretor o bailío (su representante en el poder civil), y sus asesores mitad de la parte del rey y mitad de la del obispo. Había también un tribunal compuesto de seis cónsules vestidos de púrpura, quienes resolvían las querellas populares.

Esta es la ciudad episcopal de Gotescalco, *Anicium* en la Aquitania, de que nos habla nuestro Gomesano.

VII. LA MODERNA LE PUY

Extendiéndose como anfiteatro en posición pintoresca a lo largo de la vertiente meridional de Mont-Anis, cuya cumbre se ve coronada de las ruinas del antiguo castillo de su nombre, se levanta actualmente la ciudad francesa de *Le Puy-en Velay*. Discurren a su alrededor dos riachuelos, el Bonne y el Dolaison, que uniéndose antes, desembocan en el Loire, el cual atraviesa y fertiliza todo aquel territorio formado por tres risueños y productivos valles.

Capital del departamento *du Haute-Loire*, del distrito y de los dos cantones de su nombre, contaba 20.288 habitantes en 1931. Se puede considerar dividida en tres barriadas: la alta, la baja y los suburbios, que también son tres: San Bartolomé, S. Lorenzo y S. Miguel de l'Aiguille. Esta iglesia de S. Miguel, que en 962 estaba aislada de la población y completamente sola, agrupa hoy en torno suyo un barrio muy populoso y moderno. La parte antigua conserva todavía algunos trozos de sus murallas. La parte nueva se extiende por lo llano en derredor de la plaza *du Breuil* y de los jardines públicos.

Tiene fábricas de encajes de hilo, de blondas blanca y negra; de campanillas, cascabeles y gualdrapas para las cabballerías; de paños, cueros curtidos y repujados con las industrias derivadas; talleres de ebanistería; fundiciones y des-

tilerías. Sus producciones principales son granos y legumbres y en los carasoles se cría buen viñedo. Celebra mercado agrícola muy concurrido de cereales y ganado.

Pueden visitarse el Gabinete de Historia Natural, la Biblioteca pública de 30.000 volúmenes y el Museo *Crozatier*. Extraordinariamente bello es el palacio de la Prefectura y dignos asimismo de mención los edificios de los tribunales de justicia, los hospitales—en particular el *Hotel Dieu*—y el Gran Seminario, cuya dirección corre a cargo de los Presbíteros de San Sulpicio. Me es muy grato rendir desde aquí tributo de gratitud, al Presbítero de San Sulpicio Mr. l'Abbé Auguste Fayard, profesor de Historia Eclesiástica, que me sirvió de guía en mis investigaciones de Le Puy, me recordó con fruición las antiguas relaciones de esta ciudad con España, y a quien debo el retrato de la «Virgen Negra».

He retrasado para este lugar ocuparme de la catedral—que ostenta el título de *Angélica*—, por considerarla lo más importante de Le Puy y lo que más llama la atención del viajero. Colocada en un altozano se halla a 686 metros sobre el nivel del mar y es una de las más hermosas y mejor conservadas del período románico. La fachada (figura n. 3) se levanta sobre un declive muy pronunciado, que se salva por medio de una gran escalinata que termina en su triple puerta de arcos románicos peraltados; prolóngase el cimarrón en tres cuerpos de puro estilo que dan mucha gracia al conjunto. El interior, sobre todo el ábside, no cede en magnificencia y gusto al exterior. Adosados tiene el palacio episcopal y el claustro (figura n. 4), cuya fecha como la de la catedral se asigna al siglo XI. De la misma época es el Baptisterio de S. Juan Bautista, situado en el claustro, que antes era único en la ciudad; hasta mediados del siglo XIX se conservó el caño del agua y la pila bautismal en forma de bañera para el bautismo por inmersión. La torre campanario tiene siete pisos.

Entre las reliquias de la catedral se venera una Santa Espina de la Corona de Nuestro Señor, regalo del rey de Francia S. Luis, canónigo honorario de Le Puy, cuya carta de donación—que sirve de *auténtica*—se conserva en el Relicario. Carlos VII, rey de Francia, asistió al coro de Le Puy en hábito canonical la víspera de la Ascensión del año 1422 después de su proclamación en el castillo de Espelay, junto a Le Puy. Los canónigos de allí tienen concedido uso

de mitra en las principales festividades y el Papa Clemente IV (a. 1265-1268) exceptuó del entredicho a los cuatro semaneros de la Catedral «a fin de que no se interrumpiese el culto divino en una Iglesia de tanta dignidad y prestigio».

En el archivo de esta catedral tan renombrada estuvo el códice de Gomesano de Albelda «que el santísimo obispo Gotescalco trasladó de España a Aquitania», hasta que el año 1681 se lo llevó a su biblioteca particular el ministro Juan Bautista Colbert, desde esta moderna *Le Puy* que ha sustituido a la antigua *Anicium*.

VIII. LA VIERGE NOIRE

Gotescalco, buen príncipe y mejor obispo, aunque viajero, hizo cuanto pudo no sólo por conservar, si que también por fomentar en su región y propagarlas por toda Francia, las devociones de su diócesis. Sabedor de esto Gomesano, no dejó de consignarlo en su Carta Dedicatoria: «Sin duda ninguna deduzco de aquí que será premiado con igual gloria por Cristo el obispo Gotescalco, que ha sabido especialmente en estos tiempos fomentar en su propia diócesis aniciense la devoción de Aquitania a la Madre del Señor, Santa María de *Anicium*, como S. Ildefonso la divulgó en sus días por toda la Iglesia Católica; pues, si bien es cierto que Gotescalco no ha tenido que luchar con herejes para lograr su objeto, se igualará su singular devoción en la recompensa del premio».

Tomándolo acaso de la superstición druídica indígena, los naturales de *Le Puy* conservaron un *megalito*, una piedra en bruto que creían caída del cielo, la que después de haber sido venerada por los antiguos galos, pasó a ser objeto de superstición entre los cristianos, llamándosela *piedra de las fiebres* y antes *piedra de la lepra*, por suponer ellos que curaba esas dos enfermedades. Tan aferrados estaban los de *Le Puy* a esta perniciosa creencia, que los canónigos no se atrevieron a sacar el *megalito* de la catedral, si bien lo apartaron del contacto de los fieles.

Con el fin de anular los restos de la falsa devoción, los obispos de *Anicium* introdujeron la veneración de la Santísima Virgen, a la que dedicaron la catedral, y el culto del arcángel S. Miguel, en cuyo honor se levantó el templo de *l'Aiguille*.

De la antigüedad de la devoción a María Santísima dan fe los testimonios de los primeros escritores de Le Puy, una inscripción que se conserva en la Catedral y la imagen de la «Virgen Negra» veneradísima en toda Francia. Labrados en una columna del primer templo de la ciudad dedicado a Santa María se leen los siguientes versos, que valen por todo un poema: «Civitas hæc non vincitur, — nec vincetur; sic legitur:—Per Mariam protegitur, — hæc urbs privilegiata. = Esta ciudad ni ha sido ni será vencida; pues tiene el privilegio de ser por María protegida».

La verdadera imagen de la «Virgen Negra» del tiempo de Gotescalco ya no existe; la quemaron los revolucionarios en la plaza *du Martonret* de Le Puy el día 8 de junio de 1794. ¡Duro contraste! Los canónigos no se atrevieron a retirar del todo aquel *megalito* por temor a los fieles; los fieles que tanto querían a su «Virgen Negra», no impidieron que fuese quemada en la plaza pública. Se conserva una reproducción de dicha imagen en pintura debida a Mr. Faujas de Saint-Fond, que hizo el diseño en 1777, y es el que damos con el n.º 5 de los fotograbados. El mismo Faujas indica que era alta 2 pies y 3 pulgadas que hacen 0.73 m.. Tallada en madera, probablemente de cedro, estaba recubierta de una especie de tejido pegado a la madera y adornado de caprichosos dibujos acomodados al estilo de la época, que bien podría colocarse entre los siglos VII y VIII, al iniciarse el periodo carolingio. Aparecía sentada, pero en una silla tan alta, que fácilmente creeríamos estar casi de pie. Hoy la sustituye otra «Virgen Negra», cuyos vestidos superpuestos sólo dejan visibles las cabezas de la Virgen y del Niño Jesús.

La importancia de la devoción a la «Virgen Negra», fomentada y propagada por el obispo Gotescalco, se demuestra por haber sido proclamada reina soberana de varios feudos, por las muchas peregrinaciones que de toda Francia venían a Le Puy, y por la gracia extraordinaria del Jubileo Aniciense.

La soberanía efectiva de la «Virgen Negra» la ejercía el Cabildo catedral de Le Puy en los órdenes jurídico y económico de tal extensión, que llegaba hasta el Bigorre, junto a la frontera española.

Los que visitan la iglesia catedral de Le Puy pueden ganar muchas indulgencias, entre las que sobresale el famoso Jubileo concedido para el año en que coincide la fiesta de la

Anunciación de Nuestra Señora con el Viernes de la Semana Santa. Ese día, y sólo ese día 25 de marzo en que se dé tal coincidencia, podía ganarse la indulgencia plenísima del Jubileo. De la extraordinaria concurrencia, que de todas partes acudía a Le Puy con este motivo, dan fe los tres hechos que ponemos a continuación: En el archivo de la catedral se conserva un documento por medio del cual el obispo Bernardo de Ventadour funda el año 1254 un aniversario en sufragio de los muertos a causa de la aglomeración que se produjo efecto del Jubileo y de la presencia allí para ganarlo de S. Luis, rey de Francia.

El año 1406, siendo Elías de Estrange obispo de Le Puy, hubo Jubileo y fué tan grande el concurso de peregrinos que murieron doscientos de ellos a causa de los atropellos. A petición del obispo, el papa Martino V prolongó la duración de la gracia el año 1418 hasta la feria III después de Pascua (martes de Pascua). Por fin, el papa Gregorio XV el año 1622, a instancias del rey de Francia Luis XIII, lo prorrogó por ocho días, o sea hasta el viernes de Pascua. Tanta importancia cobró Le Puy por la devoción a la «Virgen Negra».

XI. GOTESCALCO FUNDADOR

Junto al río Bonne y sobre una roca de granito de forma piramidal aparece la iglesia de S. Miguel de *l'Aiguille* tantas veces nombrada. Con su campanario, que semeja una aguja, todo el conjunto de 85 metros de altura, parece desde lejos, roca y santuario, un espléndido obelisco. Se sube a la iglesia por 230 gradas y escalones y en la parte baja dos altares recuerdan el uno a S. Gabriel y S. Rafael y el otro a S. Guinefort, mártir.

Se levantó el edificio a costa del deán Fruanno alentado por el obispo Gotescalco, quien hizo la solemne consagración del templo el mismo año de su muerte acaecida, como dijimos, en 962. El de 1851 fué restaurado por Mgr. José Augusto Victorino Morlhon, obispo de Le Puy. El documento, que a renglón seguido traducimos del original, nos da cuenta de la fundación del santuario de S. Miguel, de la parte que en ella tuvo Gotescalco y de la estimación que el prelado merecía a sus diocesanos.

«Sepa la devoción de los fieles de la Santa Iglesia de Dios presentes y futuros, cómo yo Truanno, deán de la Iglesia de *Anicium*,

»deseando edificar un templo en cierta elevada roca situada junto a la ciudad de Anicium y llamada comúnmente *L' Aiguille* (La Aguja), a la que en otro tiempo apenas podían subir los hombres más ágiles; acudí al obispo *Gotescalco* y le pedí su benevolencia para que me permitiese realizar la obra.

»El cual, no sólo me concedió su permiso, sino que merecí ser alentado por él en la empresa.

»Comencé abriendo un ancho camino en la roca y construí en la Aguja, favoreciéndome Cristo, una iglesia dedicada a S. Miguel Arcángel, agradable a las miradas de quienes la contemplan y, disponiéndolo así Dios, fué consagrada por el citado obispo *Gotescalco*.

»Hecho esto, por dos veces logré el asentimiento del prelado para que pudiese legar dicha iglesia a quien quisiera de mis herederos después de mi muerte. Mas, pensándolo mejor ahora, la cedo a la mesa común de los hermanos de la iglesia de Santa María con la condición de que, mientras yo viva, tenga el usufructo de ella, pasando cuando muera a la mesa común de los canónigos de Santa María.

»A cambio de ello, cada día por siempre jamás, darán los dichos canónigos presentes y futuros tres dineros para otros tantos oficios de Misas que se han de celebrar por mi alma y la del obispo *Gotescalco*.

»Empero si alguno, llevado de apasionada codicia, entablase querrela contra este documento o, debiendo pagar los susodichos dineros, no los entregase a la iglesia, incurran los dos en las maldiciones contenidas en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, sean excomulgados y entregados a los demonios para ser atormentados eternamente.

»El que tenga a su cargo la iglesia de S. Miguel entregue a los canónigos todo cuanto perciba y ofrézcales cada día los tres dineros. Además posea sin contradicción ninguna los dos *mansos* de tierras entregados a la iglesia y que se encuentran en la villa denominada *Massell*.

Hízose esta carta de fundación en día de jueves a 15 de las Kalendas de agosto [18 de julio] el año octavo del rey Lotario [año del Señor 962]».

Son dignos de notarse el respeto y cariño con que el deán Truanno habla de su obispo *Gotescalco*, a quien nombra por tres veces, una de ellas para incluirlo en los sufragios que fundados por el deán se ofrecerán en S. Miguel.

Firma la escritura no Gotescalco, sino Wido su sucesor, lo cual indica que cuando se hizo, ya Gotescalco había muerto y acaso signifique lo mismo incluirle en los sufragios. En este caso habría que dar una explicación a la fecha del documento, 18 de julio de 962, siendo así que Gotescalco murió el 1 de diciembre de ese mismo año. Respetando, como es natural, la fecha de la escritura, pues no pretendo saber más que el que la hizo. Wigo levita que firma el último, cabe decir que, habiendo enfermado Gotescalco sin firmar el documento acaso por no estar todavía escrito, lo autorizó después su sucesor, aun llevando la fecha correspondiente a la fundación.

X. GOTESCALCO RESTAURADOR

«En el nombre de Dios Altísimo: Sepan todos los grados de jerarquías ya de los presentes, ya de los venideros, como el *año segundo* del gobierno del rey *Luis*,

»queriendo yo *Gotescalco*, humilde prelado de la diócesis de *Velay*, atender cuanto me sea posible a las necesidades de pueblo y clero.

»tuve un íntimo deseo de restituir en lo posible al estado anterior de grandeza el monasterio Calmeliacense o lugar de S. Teófredo, que en otro tiempo fué de los reyes, y por donación real pasó a nuestros predecesores; el cual por abandono y codicia mundana vió desbaratados todos sus bienes, llegando hasta desaparecer allí por completo la vida religiosa.

»Por lo cual, habiendo llamado a don Arnulfo, abad del monasterio de S. Geraldo, le supliqué recibiese bajo su jurisdicción el lugar antedicho y eligiese los monjes que habían de vivir en él conforme a la regla del Padre S. Benito.

»Para impedir que en lo sucesivo una nueva invasión de codicia en nuestros sucesores, con el consentimiento del marqués Geilino y de muchos obispos le dimos nuestra licencia, como arriba queda dicho, para observar la regla del Padre S. Benito y con nuestro consejo y de común acuerdo, cuando necesario fuere, elijan un superior que sea competente para gobernarlos.

»Si lo que Dios no permita, se apartaren por diabólica tentación del buen acuerdo no sólo pierdan aquellas cosas que después adquirieran, sino esto que con la mejor voluntad les damos ahora, es a saber: *Roserie* con sus aldeaños,

la villa *Colenia*, que será de la mesa común, *Chamelières sur Loire* y *Ventreziac* con sus linderos, todo lo cual en ese caso volverá a nuestra pertenencia.

»Hacemos donación de todas estas cosas de ahora para siempre, a condición de que han de rezar cantando *de rodillas* dos salmos a cada hora todos los días, excepto los festivos, por nosotros y nuestros sucesores, lo mismo obispos que clérigos, y todos nuestros auxiliares y bienhechores de nuestra sede y diócesis.

»Item por los difuntos, cuando las rúbricas lo permitan, han de cantar nocturno y Misa.

»Pasen a propiedad del Abad y monjes que allí viven, las cosas de S. Teofredo que están en nuestro poder, o de algún otro a título de autoridad secular o por derecho beneficial, de tal manera que mientras vivan sus actuales poseedores, las puedan tener como censatarios,

»y después de su muerte entren a disfrutarlas sin contradicción alguna el superior y monjes de S. Teofredo.

»Ahora bien, si alguno se atreviese a violar esta disposición, sepa que ha de incurrir en la excomunión nuestra y de los obispos presentes y en la condenación eterna, si no se arrepiente y procurase la enmienda con la restitución. Firma de *Gotescalco*, obispo.—Firma de *Geroncio* arzobispo de *Bourges*.—Firma de *Begón*, obispo [de *Clermont*].—Firma de *Widón*, obispo [de *Carpentras*].—Firma de *Bernardo*, abad [de *Sain Pierre*].—Firma de *Dalmacio*, abad [de *Saint Chaffre*].

»La precedente donación del obispo fué hecha el año segundo de *Luis* [IV llamado el Ultramarino. Año del Señor 937]».

De este modo merced a la enérgica intervención y generosidad espléndida del obispo *Gotescalco*, el monasterio *Calmeliacense* de S. Teofredo, *Le Monestier*, o *Saint-Chaffre*, volvió a vivir días de gloria y de observancia religiosa. No dudo por ello que *Gotescalco*, tan celoso de la disciplina monástica, quedaría piadosamente edificado con su memorable visita al «monasterio de *Albelda*, situado sobre un gran trecho de esta peña tajada que los naturales llaman *Salagón* y cae sobre el río *Iruega*, y en él tubieron los Monjes hechas sus celditas con solo cavar la peña y dejar sus ventanillas, como ahora se ven sobre dicho río. Por esta disposición de la celdas, dice el M. *Yepes*, que se espantó pasando

por Albelda de que pudiesen los Monjes vivir en aquel sitio, más acomodado para nidos de palomas, y otras aves, que para aposentos de Religiosos. También el citado Morales compara los aposentos con los huecos en que las palomas ponen sus nidos; y es de creer que cada uno de aquellos santos Monjes, así como se parecían a estas aves en la vivienda, así también merecerían su nombre por la sinceridad y pureza, y por la fidelidad y amor con que despreciados los otros bienes, vivían adheridos a sol. Dios». Así escribe el P. Risco.

Es digno de notarse que Gotescalco firma el primero y antes que el arzobispo de Bourges, lo cual prueba, como ya dijimos, la exención del metropolitano de que gozaban los obispos de *Anicium*. Resalta también la caridad paternal de Gotescalco, cuando dice: «... por nosotros y nuestros sucesores, lo mismo obispos que clérigos, y todos nuestros auxiliares y bienhechores de nuestra sede y diócesis», al tratar de los sufragios. En este documento se funda también Mabillon para insinuar que Gotescalco fué monje, y acaso también abad, de este monasterio de S. Teófredo.

XI. GOTESCALCO PEREGRINO

A pesar del concurso de gentes que acudían a venerar en Le Puy la «Virgen Negra», no quedaba satisfecha la devoción del celoso prelado, ni sentía envidia por la celebridad de otros santuarios de la Cristiandad. Al contrario; de ánimo esforzado y generoso como era, quiso contribuir con su presencia a la fama justamente adquirida por otros centros de peregrinación y así hubo de disponer su visita al Sepulcro de Santiago Apóstol en Compostela, que con los del Señor en Jerusalén y los de S. Pedro y S. Pablo en Roma, hacía un siglo que formaba el vértice de un triángulo donde se reconcentraban las miradas del pueblo cristiano con la inquieta religiosidad de aquel tiempo.

«Escribí con gusto el libro de S. Ildelfonso, dice Gomezano, a ruegos del obispo Gotescalco que, por motivos de oración, había partido de tierras de Aquitania con devoción patente a todos y seguido de una numerosa comitiva marchaba al extremo de Galicia, para mover la divina misericordia e implorar humildemente la protección del Apóstol Santiago».

Sin que Gotescalco, príncipe secular y eclesiástico, haya sido la primera persona notable peregrino en Composte-

la. tiene el indiscutible mérito de haber hecho su viaje en un tiempo como el suyo, tan largo en el camino y en la duración y en las circunstancias especiales que acompañaban a las peregrinaciones de entonces. Demás de lo cual, valoran su contenido religioso el motivo de *oración*, su *devoción* ejemplar, su *petición* de la misericordia divina y la *implo-*
ración del poderoso valimiento de Santiago Apóstol. Y tanta importancia dió el Cardenal Baronio a esta visita de Gotescalco a Compostela, que termina su copia de la Carta Dedicatoria de Gomesano con esta corta pero expresiva cláusula: «De lo que podemos conocer también cuán antigua es la costumbre de ir en peregrinación a Galicia para visitar el cuerpo del Apóstol Santiago».

Antes que Gotescalco estuvieron allí S. Evermaro de Frisia, el poeta árabe Algazel y los legados pontificios Reynaldo y Zanelo o Janelo. En el manuscrito de Utrenh, anterior al siglo XII, se lee; «Determinó, pues, Evermaro peregrinar por amor de Dios, para si podía conseguir como desconocido la corona del martirio. Así emprendió el Varón de Dios el camino que llega a Galicia y a Santiago. Y habiendo entrado en la Iglesia del Santo Apóstol y hecho allí sus súplicas pidiendo su intercesión, regresó a las regiones del mediodía de Francia, donde hombres santos muertos recientemente resplandecían por sus milagros». S. Evermaro es venerado como mártir muerto en el bosque de Ruchon cerca de Tongres y trasladado a Lieja, donde se celebra su fiesta el día 1 de mayo; es de notar que primitivamente se veneraba su memoria el 25 de julio, día de Santiago. Se supone que hizo su peregrinación a Compostela hacia 850.

Por este mismo tiempo, y siendo obispo de Iria Adaulfo I, vino también a Compostela acompañando a un embajador del rey de los normandos el célebre poeta y diplomático andaluz Yahya-ben-Alhacam, natural de Jaén y llamado por su delicada belleza *Algazel* (la gacela), que murió en 864. Veamos lo que de él nos dice el cronista Tamman-ibn-Alcama, fallecido en 896: «Finalmente, Algazel partió de aquel país, pasando a Santiago en compañía de los embajadores del rey normando y con una carta de éste para el rey de aquella ciudad. Allí, colmado de honores, permaneció dos meses con aquellos magnates hasta que dieron fin a su peregrinación. De Santiago pasó a Castilla con los peregrinos que regresaban a esta comarca; de allí a Toledo, y por

último a la corte del sultán Abderrahmán (III), después de veinte meses de ausencia». Dozy, a quien debemos esta noticia, cierra su narración de esta manera: «A excepción de la Ciudad Eterna, no había en toda Europa un lugar tan renombrado por su santidad, como Santiago de Galicia».

El año 876, reinando don Alfonso III y siendo Sisnando I obispo de Iria, envió el papa Juan VIII a su legado Reynaldo, para pedir auxilio contra los árabes; a su vez el papa Juan X parece que acudió dos veces por medio de su legado Janelo o Zanelo, la primera el año 914, viviendo todavía Sisnando I, y la segunda en 924 con su sucesor Gundesindo y ambas reinando Ordoño II.

Gotescalco el año 950 se encontró ya con un templo, si no tan majestuoso y espléndido como el actual, al menos no tan pobre como el construido por Alfonso II el Casto. El rey don Alfonso III el Grande, después de haber desplegado toda su actividad en aprovechar toda cuanta habilidad daba de sí el arte en aquella época, y allegando todos los materiales que pudo, levantó una iglesia muy capaz de tres naves, que inauguró con una solemne consagración el día 6 de mayo, quinto domingo después de Pascua, del año 899.

«Allí, como después escribiría el papa Calixto II, van de todos los climas del mundo, nacionales y extranjeros... No puede contemplarse sin maravilloso gozo el espectáculo que ofrecen los coros de peregrinos velando en torno del venerado altar del bienaventurado Santiago... Allí se oyen los varios géneros de lenguas, las varias voces de cánticos de los extranjeros, de los alemanes, de los ingleses, de los griegos y de todas las demás tribus y naciones de todos los climas del mundo... Allí van los pobres, los ricos, los esforzados caballeros, los que combaten a pie, los gobernadores, los abades; unos a sus expensas, otros de limosna... Este es el linaje escogido, la gente santa, el pueblo de Dios, la flor de las naciones...»

Allí fué también nuestro peregrino el obispo Gotescalco, reinando don Ramiro II y siendo recibido por el obispo de Iria don Hermegildo o Hermenegildo.

XII. OCASION DEL VIAJE

Con la completa derrota infligida el año 855 por el rey don Ordoño I, hijo y sucesor de don Ramiro I el vencedor de Clavijo, al rey moro de Zaragoza Muza II ben Muza, de

los Beni-Cassi de la Rioja, en Monte Laturce y Albelda, esta última ciudad, antes tan floreciente y joya tan estimada del caudillo musulmán, quedó del todo abatida y humillada.

Mas llegó el año 923 y otra victoria, la de don Sancho Garcés I sobre Viguera, devolvió su antiguo esplendor a la desventurada Albelda, que bien pronto recobró su perdida gloria. No fueron, sin embargo, las granjas de labor, ni las villas de recreo, ni los baños y jardines resucitados los que ahora le dieron forma. Otros habían de ser el carácter y el motivo del resurgir de Albelda, como fué distinta la ocasión que lo produjo.

Con la conquista de Viguera surgía en la ciudad, antes predilecta de Muza, levantado por el monarca navarro el día 5 de enero de 924, el monasterio benedictino de S. Martín, que *veintiseis* años más tarde contaba ya «cerca de doscientos monjes siervos de Cristo, que vivían allí bajo el gobierno del santo padre el abad Dulquito». Tan celebrado ya, que ese año de 950 acogía en su seno al vecino monasterio de S. Prudencio de Monte Laturce y en el mismo año veía entrar por sus puertas al obispo peregrino Gotescalco de *Anicium* en la Aquitania.

Como la venida del prelado francés a Albelda sólo nos es dado verla a través de la Carta Prólogo de Gomesano, único documento donde hallamos la noticia, podemos formular dos hipótesis acerca de lo que pudo incitarle a hacerlo, las dos desde luego fundadas en que el viaje a la ciudad riojana distraía a Gotescalco de la ruta que llevaba, por hallarse Albelda fuera del Camino de Santiago y distante de él unas cuantas leguas.

Esto supuesto ¿qué hubo de moverle a separarse del camino real para entrar en nuestro apartado y recién fundado monasterio?—1.º Devotísimo como era de la Santísima Virgen el obispo de *Anicium*, habiendo llegado a su noticia que en Albelda se conservaba un ejemplo del libro de S. Ildefonso, desconocido para él, y que allí mismo podría obtener una copia de dicha obra, se decidió a separarse del camino que llevaba y entrar en el cenobio albeldense, a la ida para encargarla, y a la vuelta, para recogerla.—2.º Tanta era ya la celebridad del monasterio de S. Martín de Albelda que, llegado a oídos de Gotescalco el rumor de su fama, no quiso perder la ocasión que se le brindaba de verlo por sus propios ojos. Recordemos que hacía justamente trece años fué

restaurado por el otro monasterio, el de S. Teofredo. Una vez en Albelda, visitado el *scriptorium* monasterial y reparada la Biblioteca, encontró allí la obra «De Virginitate» de S. Ildefonso y tanteó la posibilidad de conseguir una copia que *libenter* = *de muy buena gana* — le sirvió Gomesano.

Cualquiera de los dos motivos hablan muy alto en favor del celeberrimo monasterio de Albelda, para el que este año de 950 resultaba de tan felicisimos auspicios.

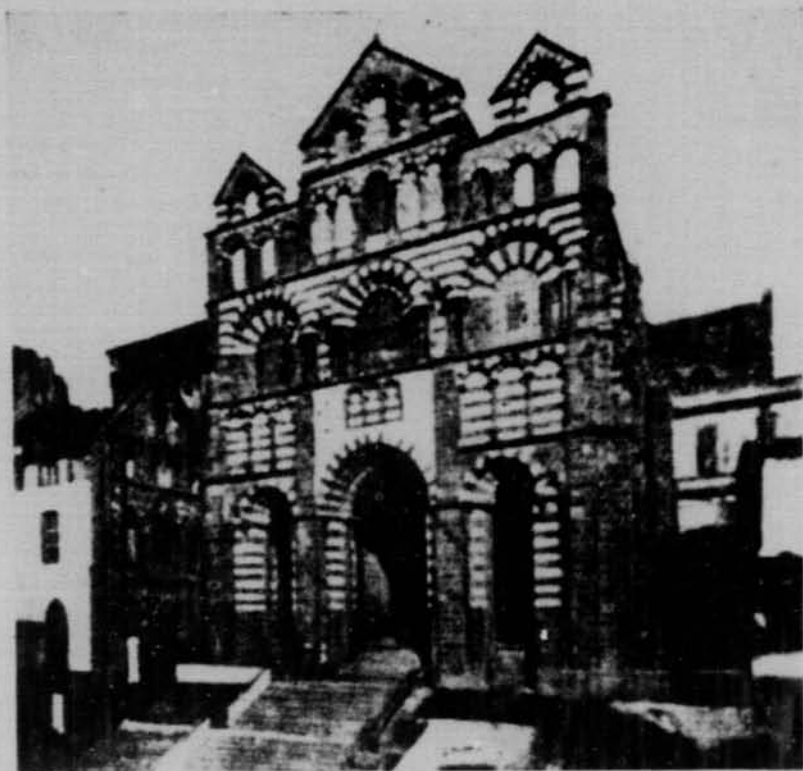
(Continuará)



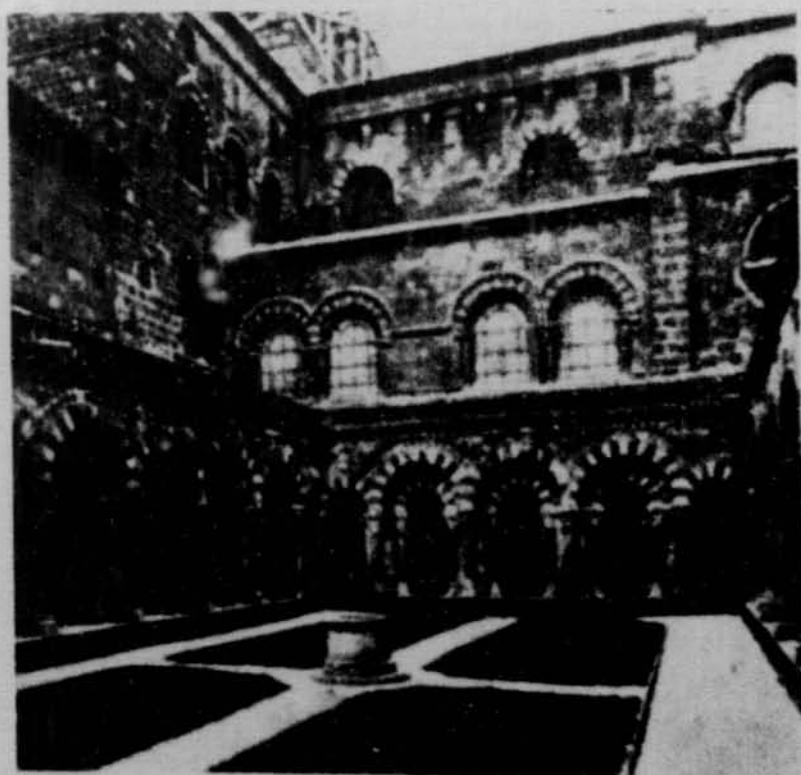
1. EL ESCRIBA DEL CODICE VIGILANO DE ALBELDA



2. VISTA GENERAL DE LE PUY EN VELAY



3. LA CATEDRAL DE
LE PUY. SIGLO XI.



4. CLAUSTRO Y GA-
LERÍAS DE LA CATE-
DRAL DE *LE PUY*.
SIGLO XI.